

## SANTA TERESA: UNIVERSALIDAD E INDIVIDUALIDAD (\*)

*Adolfo Ruiz Díaz*

Santa Teresa entró en mi vida allá por mis nueve años. Lo recuerdo muy bien. En la biblioteca de mi abuelo había un ejemplar encuadernado en tela gris, de bordes bastante gastados. Yo empezaba a asomarme con voracidad a las islas de la lectura y soñaba que me permitieran internarme en los volúmenes misteriosos que llamaban para personas mayores. Ignoro por qué, este libro nada vistoso, fuera de mi alcance sin la ayuda de una silla, me atraía. Solía demorarme frente a los anaqueles para espiarlo.

Un día me decidí a la conquista. Vislumbraba el resultado, pero valía la pena hacer la prueba. Mi abuelo, como casi todas las tardes, estaba sentado a su escritorio de nogal, siempre cubierto de papeles. Leía, tomaba notas. Quizá de temas médicos para algún caso difícil. Era pediatra. Más probablemente, textos de historia argentina, su pasión, su descanso y su delicia, junto con la música. Yo, en un amplio sillón que consideraba mío por derecho de asiduidad, hojeaba los cuentos ilustrados que me regalaban para mis cumpleaños. *Piel de Asno* o *El gato con botas*, sin dejar de quererlos, empezaban a aburrirme. Eran cosas de chicos para mis ambiciones de alumno de tercer grado. Mi abuelo levantó la vista, me miró por encima de sus anteojos con montura de carey, esbozó una sonrisa. Arriesgué

---

(\*) Las páginas que siguen recogen cuatro conferencias de igual título pronunciadas (7 y 8/V1/82) en el "Curso de Homenaje a Santa Teresa de Jesús en el IV Centenario de su muerte", dirigido por el Prof. Dr. Carlos O. Nallim y organizado por la Facultad de Filosofía y Letras y Coordinación Cultural del Rectorado. He abreviado o suprimido algunos pasajes, ampliado otros, explicitado las notas. He preferido, en cambio, mantener, en conjunto, la forma oral de las conferencias.

la pregunta. Mejor dicho, la preparé con otra para darme ánimos. Le pregunté si la Santa Teresa de aquel libro que veía a mi derecha era la misma que la Santa Teresita de la cual hablaba mi abuela y de quien tenía una estampa coloreada en un rinconcito de su oratorio. Mi abuelo me explicó con rápida sencillez que eran dos personas distintas. Todavía no se había publicado la obra cuyo título le hubiera facilitado el perfil de las dos santas: *La paloma y el águila*.

Se extendió unos minutos para encarecer a la española. Una escritora, precisó, tan grande como Cervantes, que te divierte tanto y que hemos leído juntos. Se trataba, por supuesto, de una adaptación de la Biblioteca Sopena del *Quijote* que yo oí y miré innumerables veces antes de que me enseñaran a leer. Los nombres de Cervantes y de su héroe me pusieron en terreno conocido. Estaba entre amigos. Con oportunismo que consideré muy diplomático, pregunté si podía leer la *Vida* de Santa Teresa. Mi abuelo no se sorprendió. Me conocía demasiado. Unos meses antes me había permitido internarme —contra la opinión de mi abuela y de uno de mis tíos— en las andanzas de *El conde de Montecristo* que otro de mis tíos, hermano menor de mi madre, visitaba con puntualidad infalible los días de lluvia encerrado en su cuarto.

La respuesta de mi abuelo fue cortés. “Es probable, reflexionó, que te gusten algunos pasajes. Sobre todo los años de infancia. El libro entero te puede resultar difícil. Santa Teresa no siempre se aprecia sin la ayuda del diccionario y la gramática. Lo mejor será una adaptación, como para *Don Quijote*.” Él se ocuparía de traérmela o la buscaríamos juntos en las librerías de nuestro paseo del jueves, después del cine.

Y así, sin tardanza, llegó a mis manos un tomito de cantos dorados que coloqué con énfasis de bibliófilo, junto a Cervantes, a una versión del Antiguo Testamento y a una manoseada historia de Grecia: mis libros decididamente serios.

No conservo esta *Vida* de Santa Teresa. Es probable que se perdiera en alguna mudanza. O que en algún arranque didáctico y protector la haya prestado a algún compañero de colegio que no me la devolvió nunca.

La adaptación era buena. Recogía lo estrictamente narrable y lo combinaba con fluidez con la densa experiencia religiosa que Santa Teresa quiere comunicarnos. El estilo mantenía algo de lo que me sigue pareciendo su distintivo por excelencia. La inmediatez personal. La sensación de que, más que escribir, Santa Teresa habla y que no se dirige a un público sino a alguien. A cada uno de nosotros. Cualidad rarísima sobre la cual insistiré más adelante.

Un gran historiador, Louis Madelin, afirmaba que su visión espontánea de la época de Richelieu era anterior y más enérgica que todo lo que sabía a fuerza de estudio. Se la debía a Dumas, a las novelas que frecuentó antes de cualquier preocupación erudita. Nada

más corriente y cierto. Nada más delicioso y peligroso. Los narradores nos muestran el pasado con una vitalidad ausente de la ciencia. Es así como suele acompañarnos, aun sin advertirlo, un fondo de leyenda que, a pesar del choque con lo que después se aprende, persiste la vida entera. Algo parecido me pasa con la versión teresiana que ilusionó mis nueve años. La Santa Teresa que me acompañaba no es la de las ediciones críticas, la de mis estudios universitarios, la que trataré de resumir en las conferencias que ahora dicto. Es la del tomito que llegué a saberme casi de memoria. No sabría dar, en cambio, ninguna precisión para catalogarlo. Falla imperdonable. He olvidado a quién se debía la adaptación y, agravante del delito, ni siquiera me he puesto nunca a averiguarlo. Quizá, sin meterme en honduras psicológicas, mi olvido y mi negligencia se deben a que algo en mí se niega a reducir el ejemplar que me reveló a Santa Teresa a un libro más en mi fichero. Es otra cosa: un acontecimiento decisivo y en gran parte incomunicable. Basta la sola mención de Santa Teresa para que reaparezca la casa donde vivíamos en 1930. Oigo a mis hermanos que juegan, la voz de mi abuela recobra su timbre vigoroso de señora un poco mandona. Mi abuelo vuelve a sonreírme en el escritorio y el viejo reloj de cuco me recuerda que debo prepararme para ir al colegio. Lo mismo me pasa con Homero, con Virgilio, con Ariosto, con Shakespeare, con Poe. No es raro que me sorprenda en clase comentando, citando o aludiendo *El escarabajo de oro*, el *Orlando furioso* o *Macbeth* según las "Obras maestras al alcance de los niños" de la Editorial Araluce. En fin, en esta amistad infantil con Santa Teresa tal vez esté la razón de la cuádruple conferencia que ustedes soportan.

La prudencia me inducía a rechazar la invitación del Doctor Nallim para que participara en el curso. Me dije (y le dije) que yo de Santa Teresa sabía muy poco y que no podría aportar nada estimable. Pero, de inmediato, sentí que mi negativa no venía al caso. Era ingrata y también tonta. Rechazaba la oportunidad generosa de adentrarme, en compañía de mis colegas, alumnos y amigos, en mi mismo. De conocerme un poco más. De ser un poco más yo mismo. Y aquí, confidencias aparte, viene lo importante. Este valor aclarador de cada lector constituye, a mi juicio, como he sugerido ya, la clave, el propósito central de la *Vida* de Santa Teresa. Probablemente —yo diría seguramente— de cuanto ella escribió. Dejando de lado su valor, pues, mis conferencias coinciden al menos con la intención teresiana. Que esta coincidencia me valga para atenuar lo que considero, sin falsas modestias, un aporte muy prescindible a la interpretación, tan ardua, de la gran figura que nació hace cuatrocientos años, el 28 de marzo, miércoles de Pasión, de 1515.

La cronología externa, las meras cifras, son, como es público y notorio, vacías. Nos ponen en marcha hacia la historia, pero todavía no son historia. Sólo nos indican la dirección en que debe

mos inquirir para lograr un verdadero conocimiento. Este ya no es cuestión de números sino de sustancia viva.

Celebrar como se debe el cuarto centenario de Santa Teresa nos impone una tarea intelectual de riguroso método. Por descontado, nada fácil. Hoy empezamos a contar con los materiales y los instrumentos adecuados para emprenderla. Celebrar el cuarto centenario de la estupenda carmelita exige, para empezar, que situemos su vida y sus proyecciones de todo orden en uno de los períodos más incitantes, complejos y desconcertantes de la historia.

El tema rebasa ampliamente las posibilidades de mis conferencias. Apenas si podré ofrecerles un puñado de incitaciones, un boceto. Por lo demás —me complace anotarlo— los colegas que me han precedido han cumplido con acierto lo suyo y cuento con un terreno ya desbrozado y cultivado.

Santa Teresa es una de las personalidades renacentistas que mejor concentra la entreverada riqueza de su tiempo. Es, precisemos, no sólo una personalidad inconfundible y avasalladora, sino, también, altamente representativa. Lo uno no implica lo otro. Por lo menos, no es forzoso que así sea. Confundir ambas dimensiones suele ser tan común como pernicioso. Hay figuras representativas que, en sí mismas, no tienen nada de extraordinario o sobresaliente. Desciframos en ellas su contemporaneidad con claridad de vulgar moneda corriente, de una vida de tantas; y, a la inversa, otras de gran porte, precisamente por serlo, lograron su grandeza al margen o en contra de lo que su tiempo tuvo de distintivo y propio. Por reunir la doble dimensión mencionada, por ser una personalidad descollante y por representar una de las inflexiones más nítidas y elocuentes de eso que era vivir en el siglo XVI español, Santa Teresa rebasa los usuales perfiles biográficos para envolver una época entera.

Santa Teresa nace cuando España, en coincidencia casi exacta con el advenimiento de Carlos I, se erige en uno de los factores capitales de Europa. Una Europa que desde el siglo anterior no se restringe a sus límites geográficos, sino que cumple con energía acelerada su expansión planetaria. Hacia 1515, después de los diversos prolegómenos que preparan y anuncian normalmente los virajes históricos. España se instala en un nuevo estilo de vida. Dicho con justeza: contribuye imperialmente a instaurarlo. Hoy por hoy, no nos satisface la mera reconstrucción documental del pasado para comprender realmente a Santa Teresa y su tiempo. Es preciso y urgente una cala más perspicaz y a fondo. Lo que urge es apresar el sentido que desde su ayer asume hoy Santa Teresa. Para empezar, nos toca una operación que enunciaremos de la manera más escueta posible.

Inmersos y alertos en nuestra circunstancia, debemos encontrar — ¡aquí y ahora! — a Santa Teresa. Y desde este encuentro remontar la corriente hasta recalar en 1515, siete años antes del de-

sembarco del Habsburgo con su séquito de flamencos en las playas españolas (1522).

Desde este punto hemos de iniciar el retorno. Recorrer la vida de Santa Teresa desde su infancia hasta la situación en que estamos. Para atenernos a su concreción elocuente, visible, a esta sala de lectura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Alguien que habla y un auditorio que, por serlo, corrobora que Santa Teresa no le es indiferente. Ha concurrido porque Santa Teresa, con tantas variaciones como concurrentes, estaba ya, con anterioridad a este curso, en nuestra circunstancia personal y colectiva. Ustedes no han venido por azar o capricho. Asisten porque Santa Teresa les importaba y les importa.

La conclusión es manifiesta. Han llenado esta sala, han visitado la excelente exposición bibliográfica e iconográfica que la precede, con la intención de aclararse lo que ya estaba en ustedes mismos. Ponerse en claro, con ocasión de Santa Teresa, acerca de sus respectivas vidas. Una intención de autoconocimiento, por lo tanto. No, espero, uno de los tantos actos que ejecutamos como desde fuera, mecánicamente, y sin consecuencias de peso para lo que efectivamente somos y seremos. En esta celebración, mi esperanza es firme. No nos hemos reunido para un homenaje formulario, distraído, donde se pone la cara y se piensa en otra cosa desde la silla que nos ha tocado en suerte. El centenario de Santa Teresa requiere una sinceridad insobornable y trabajadora. Ser más nosotros mismos gracias a ella y desde ella.

Por lo expuesto y no por simple artificio retórico empecé mi conferencia ocupándome del ingreso de Santa Teresa en mi vida. Ahora les toca a ustedes formularse la pregunta. Cada uno por su cuenta y riesgo. Les paso la consigna, corregida y aumentada. ¿Cómo se encontró cada uno de ustedes con Santa Teresa? Y, a continuación, ¿qué papel desempeña en cada uno esta mujer castellana del Renacimiento el lunes 7 de junio de 1982, ya próximas las seis de la tarde?

Saquemos un par de conclusiones un tanto inquietantes. Una, que los minutos que se me han concedido corren, como es su costumbre, con mayor velocidad que la prevista. La segunda, que yo, antes del curso, hubiera debido conversar con los inscriptos para contar con su experiencia sobre Santa Teresa. Carentes de este apoyo, mis conferencias incurrirán en una grave omisión respecto a su propio método. Les faltará nada menos que la inquisición suficiente de nuestra circunstancia. Confío que el hecho de advertirla atenúe esta falla.

Un camino de ida y vuelta, repito, en el espacio y en el tiempo. De 1982 a 1515, de 1515 hasta la revuelta actualidad que nos ha tocado. Por consiguiente, hemos de recorrer dos veces la existencia terrena de Santa Teresa. De ida, el primer acontecimiento suyo

que se nos aparece es el último que cumplió: su muerte. El retorno, en cambio, se orienta como la vida de Teresa. La vemos nacer, seguimos el desarrollo de su personalidad, penetramos las variaciones dramáticas de un proyecto cuya realización acabó por ser Santa Teresa, su destino. Su genio y figura.

Después de su muerte, con mayor nitidez que a la ida, reiteraremos la formación de sus diversas imágenes póstumas. La historia de Santa Teresa a lo largo de la historia. Su fama, la perduración de una existencia ya concluida en los presentes que la sucedieron. La Santa Teresa reflejada e interpretada en las generaciones que la van acercando a nosotros tejen de este modo la Santa Teresa que, sin nuestra intervención personal todavía, hemos encontrado entre los factores de nuestra circunstancia. Lo que se ha dicho de Santa Teresa, lo que se ha pensado y escrito acerca de ella, lo que se ha pintado o esculpido desde su estímulo, las épocas de compartida admiración o indiferencia son el pasado que debemos asimilar para celebrar en serio su centenario. Este pasado, compone la gravitación del ayer en nuestro aquí y ahora. El elemento ya histórico, inmodificable, —lo que ha sido— que configura el presente del centenario que celebramos.

Enferma, debilitada, el 19 de setiembre de 1582 sale la madre Teresa de Jesús de Valladolid en dirección a Medina. En una carta <sup>1</sup> fechada ese día y dirigida a la madre Catalina de Cristo, que reside en Soria, después de referirse a sus preocupaciones y empeños de fundadora y entrar en detalles que hoy nos parecen triviales y no lo eran, Teresa alude a su salud. La frase es rápida, cortante. “Yo ando como suelo”. Cuatro días después abandona Medina y, por orden del P. Antonio de Jesús, endereza a Alba de Tormes. En Aldeaseca de la Frontera sufre un desmayo. No se encuentra otro alimento más apropiado para confortarla que unos higos secos. Agotada, se acuesta temprano. La acomete una fuerte hemorragia. Consigue mantenerse en pie, vacilante, durante ocho días. Otra hemorragia el 29 y el 1 de octubre cae postrada. Ya no se levantará. Recibe la unción y el viático. El 4, desde las siete de la mañana, perdida el habla, con cara serena y encendida y un crucifijo entre las manos, reza.

A las nueve de la noche —hay alguna discusión menuda respecto a la hora exacta— reclina la cabeza en los brazos de Ana de San Bartolomé y expira. Su muerte coincide con la sustitución del calendario juliano por el gregoriano. El día siguiente pasa a ser el 15. Una reforma que adquiere una vibración simbólica. Como si este cambio en la medida del tiempo expresara que las cosas, sin Teresa, ya

---

1 Carta N<sup>o</sup> 441 de las *Obras Completas*, ed. manual. 2a. ed., Madrid, B. A. C., 1967. Las citas de Santa Teresa han sido tomadas de esta edición.

no serán las mismas. Quienes la rodean temen por la seguridad de su cuerpo. La posesión de restos venerables solía inducir al robo. Se la sepulta apresuradamente, a las once de la mañana en Alba, después de un funeral solemne, entre las rejas del coro bajo. El cadáver ha sido expuesto a la veneración popular.<sup>2</sup>

La narración piadosa y pormenorizada de los hechos que preceden y siguen a su muerte se la debemos a la ya citada Ana de San Bartolomé, acompañante, secretaria, enfermera y confidente de Teresa. En 1585 el cuerpo es trasladado a Avila.

Hay sinónimos históricos. Basta decir Avila para desatar un enjambre de sugerencias místicas y guerreras. No acumularé nombres y hechos. Para nosotros, los argentinos, para la literatura en español, Avila está unida a un gran escritor y a una obra maestra: Enrique Larreta y *La Gloria de Don Ramiro* (1908). La novela me deslumbró en los umbrales de mi adolescencia. Sigue siendo, aparte de las modas y cualquier precisión crítica, uno de los libros que a menudo recuerdo y que de tanto en tanto releo.

Tuve la suerte de conocer a Don Enrique Larreta y de conversar con él.<sup>3</sup> Larreta, según me declaró con voz cortés y segura, se consideraba un lírico. Estaba convencido de que lo perdurable de su obra no era su novela famosa. Eran los sonetos reunidos unos treinta años más tarde bajo el título de *La Calle de la Vida y de la Muerte* (1941). El *Prefacio* nos lo explica. "... es el nombre, el extraño y misterioso nombre de una calle de Avila, en Castilla la Vieja. Antiquísima calle, que partiendo de una de las puertas de la ciudad, va a morir al pie de la Iglesia Mayor"<sup>4</sup> En la noticia que precede al soneto XIII —"Avila"— Larreta nos resume su visión y su sentimiento de la ciudad antes de construirla en los endecasílabos. No conozco otra evocación más concisamente persuasiva.

"Avila es una ciudad inverosímil. Sólo la pasión heroica y la pasión divina, en paralela vehemencia, han

2 La obra de consulta indispensable sobre la vida de Santa Teresa es Efrén de la Madre de Dios, O. C. D. y Otger STEGGINK, O. Carm., *Tiempo y vida de Santa Teresa*. Madrid, B. A. C., 1968. Cfr. Teófanos EGIDO, *El tratamiento historiográfico de Santa Teresa*, en el vol. colectivo *Perfil histórico de Santa Teresa*. Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1981. p. 13—31; para sus últimos días y su muerte, Julián URKIZA, "Con el mal de la muerte" y "La hora del dichoso Tránsito," *id.*, p. 153—172. Todo el volumen es muy útil.

3 Después de pronunciadas estas conferencias he contado mi relación con Larreta en otra todavía inédita (Buenos Aires, 12/X/82, con el auspicio del Instituto Nacional de Estudios de Teatro en el Teatro Nacional Cervantes). Llevó por título *Algunos escritores argentinos que he conocido*.

4 Buenos Aires, Espasa—Calpe, 1943. Col. Austral, 382. p. 11.

podido levantar ciudad semejante. Cíñela una muralla, única en Europa por su intacta grandeza. Sus ochenta y ocho torres almenadas abruman con su pesadumbre el peñón berroqueño; pero así que se la mira con el espíritu, Avila es una ciudad alada. No cuesta mucho imaginárla sostenida en el aire por los dedos finos de dos ángeles góticos con musical movimiento.”<sup>5</sup>

Dos santas enmarcan, digamos así, *La Gloria de Don Ramiro*. El primer capítulo se cierra con la llegada de la noticia del tránsito de Santa Teresa a Avila. La escena anticipa plástica y psicológicamente el destino del protagonista cifrándolo en la pugna entre su ambición de gloria terrena y los llamados de la vida devota. Ramiro no se decidirá nunca entre estos dos polos. La solución le llegará desde fuera, *post-mortem*, por obra de Rosa de Lima. En el *Epílogo*, la santa americana al rezar por él propone al lector un encuentro definitivo con la verdad que el vacilante Don Ramiro no ha sabido encontrar a lo largo de sus años.

Las dos inclinaciones preponderantes de Ramiro son presentadas por Larreta en varios planos. Está su ya esbozada incapacidad personal de decidirse a elegir un camino. En este aspecto, Ramiro se manifiesta mucho más como un carácter contemplativo del Fin de Siglo que como un español en tiempos de Felipe II. No actúa: sólo está en lo suyo cuando se agota imaginariamente en acciones que lo atraen sin retenerlo. Pensemos en su afinidad con el Gonzalo de *La ilustre casa de Ramires* (1897) de Eça de Queiroz o en la retorcida fuga esteticista de des Esseintes en *A rebours* (1884) de Huysmans.

Pero el acierto de la novela no se circunscribe a la peripecia biográfica. Reside en lo que aparece a primera vista como una contradicción o anacronismo. En la trasposición del derrotero interior de Ramiro a una tónica del siglo XVI. En este plano colectivo, los conflictos se transfiguran en fuerzas actuantes. Sería simplista encararlas como una opción y aun una mera oposición entre la entrega contemplativa y la turbulencia mundana. La España en tiempos de Felipe II, en la versión de Larreta, nos abre más de una perspectiva fecunda sobre la circunstancia en que cumplió su fase decisiva la personalidad de Santa Teresa. Nos ayuda a comprender que en el escenario histórico el problema de ser español rebasaba la alternativa tajante entre acción y contemplación. Había que encontrar formas o estilos vitales capaces de asimilar ambas dimensiones en una empresa sin desmayos que requería una inventiva y una voluntad heroicas. Frente a la indecisión del personaje novelesco adquiere

<sup>5</sup> Ed. cit., p. 36.

su relieve rotundo la genialidad a la vez militante y ensimismada de Santa Teresa. En ella no hubo conflicto *definitivo* entre vida activa y vida contemplativa. Acotemos de paso que, nada casualmente, el tema ocupó y preocupó con particular intensidad a los humanistas europeos en el XV y el XVI.<sup>6</sup>

Acción y contemplación llegaron en Santa Teresa a una función enaltecedora y recíproca. Aunque distinguibles, son, en su contexto cabal, inseparables. El arrobamiento místico y la incansable tarea de fundadora, el esfuerzo de escritora y su atención a las importantes minucias cotidianas, su comprensión de los hombres y de las cosas de su contorno componen un proyecto coherente llevado adelante, después de la crisis adolescente y juvenil, sin atropellos ni desvíos. Con lucidez y valentía. Hasta afirmaríamos que desde este ángulo Santa Teresa nos facilita la versión contrastante y positiva de lo que se quedó en constantes amagos en Don Ramiro.

Santa Teresa, por lo demás, como veremos gravita en la novela más allá de la escena —tanto anecdótica como simbólica— en que doña Guiomar, la madre del protagonista, enlutada y llorosa, interrumpe la conversación del niño con las criadas y el escudero Medrano en la cuadra del sombrío caserón de Avila.

Ramiro, alzando la espada de Medrano, se declara capaz de revivir y hasta de superar las hazañas de Don Juan de Austria.

“Entretanto, a su espalda, la puerta de la escalera acababa de abrirse, y una hermosa mujer, extremadamente pálida, toda vestida de negro, penetraba en la estancia. Era doña Guiomar, la madre de Ramiro. Sus ojos fosforecían en la penumbra como humedecidos por lágrimas recientes, y su voz, de un timbre demasiado bajo tal vez, moduló con severa dulzura:

—Ya os he dicho otras veces, Medrano, que Ramiro no ha menester destos alardes. ¿Por qué le habéis dado la espada?

El niño, volviendo el rostro hacia ella, se adelantó a responder:

—Ese no quería, madre, que yo se la tomé con engaño.

—Otras serán, hijo mío— repuso entonces la llorosa mujer—, las armas que has de esgrimir cuando entres al servicio de Dios y de su Santa Iglesia, y harlo mejor estuviera agora en tus manos algún libro de

<sup>6</sup> Véase Adolfo RUIZ DIAZ. “La carta de Pico Della Mirandola a Lorenzo de Medici”. (En: *Revista de Literaturas Modernas*, N<sup>o</sup> 13. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, 1978. p. 7–23).

religión que no ese hierro.

Callóse un instante, y el niño, viéndola llevarse a los ojos el estrujado pañuelo, soltó al punto la espada, y corriendo hacia ella:

—¿Por esto lloráis? — la preguntó.

—No, hijo mío —repuso la madre, dominada por la congoja—. Aflígeme una nueva triste por demás. Ya no volveremos a ver a la madre Teresa de Ahumada. Entró en el gozo del Señor, como una santa, anteayer, en Alba de Tormes.

Un murmullo de ayes y suspiros se levantó en la obscuridad de la estancia. Algunas mujeres sollozaron.

El sol acababa de ocultarse, y blanda, lentamente, las parroquias tocaban las oraciones. Era un coro, un llanto continuo de campanas cantantes, de campanas gemebundas en el tranquilo crepúsculo. Hubiérase dicho que la ciudad se hacía toda armónica, metálica, vibrante, y resonaba como un solo bronce, en el transporte de su plegaria.”<sup>7</sup>

A riesgo de incurrir en una digresión excesiva, añadiré otra presencia, menos evidente, de Santa Teresa en la novela. El parentesco o contraste, en paralelo parcial, entre doña Guiomar y la santa. Ambas son, en sus primeros años, dos imaginativas intensas. El relato de la *Vida* es sobremanera conocido. De niña, Teresa sueña una huida con su hermano para sufrir martirio en tierra de moros. La posee la impaciencia de alcanzar la gloria. Su afán de eternidad quiere plasmarse a través de una empresa impresionante y suficiente. Teresa, ya madura, atribuye este afán a un designio divino. Gracias a él entrevió muy temprano su verdadero camino. En la curva entera de su vida, la observación de la santa está perfectamente justificada. No obstante, el ardor imaginativo no siempre se encauzó hacia lo divino. Al recordarlos y juzgarlos, Santa Teresa da una voz de alerta. Son peligros corrientes en los niños y los jóvenes, familiares, y, por eso, más insidiosos. Su madre, nos cuenta, seguía la moda de su tiempo. Era dada a los libros de caballerías. A escondidas del padre, Teresa se entrega a este pasatiempo apasionante que dejó alguna huella en su estilo de escritora.

“Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos; y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás. Y parecíame no era malo con gastar muchas

<sup>7</sup> Cito por la ed. Madrid, Espasa-Calpe, 1970. Col. Austral, 74. p. 14-15.

horas de el día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque ascondida de mi padre. Era tan extremo lo que en esto me embeví que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.”<sup>8</sup>

Las hazañas y amoríos que lee la impulsan a identificarse con un mundo movedido, sorprendente y fastuoso. A hacérselo en su propia persona.

“Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cavello, y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecía a mí no eran ningún pecado, muchos años. Ahora veo cuán malo debía ser.”<sup>9</sup>

Guiomar ociosa y descuidada en el caserón donde su padre, don Iñigo de la Hoz, pasa los días encerrado en la biblioteca, padece un porvenir sin esperanzas. Está prometida a un primo de su padre, cincuentón severamente virtuoso y “de infelice rostro”. A pesar de su antipatía por el candidato, Guiomar se resigna al casamiento. Sólo le quedan, por ahora, los consuelos imaginarios. Le han prohibido, de acuerdo con su edad y condición, la lectura de libros de caballerías, “que tanto abundaban en la casa”. Eran obras vacuas que incitaban al pecado. “Por eso, tal vez, comenzó a sacarlos, uno a uno, furtivamente, de la biblioteca paterna y a saborearlos de noche, en la cama, a la luz de un velón, cuando todos dormían.”<sup>10</sup>

Los motivos, sin duda, difieren. Teresa vive en una casa protegida y alegrada por sus padres y sus hermanos. El ambiente no la inclina a la divagación melancólica. Hay, sin embargo, algunas semejanzas. La más notoria es el modo encubierto con que Teresa y Guiomar entran en los palacios y florestas de los Amadis. En ambas, por diversa motivación externa, prevalece el impulso tentador de variar la vida que llevan. En Teresa, retrospectivamente, se reconoce un atisbo enérgico de orientarse hacia una realidad más rica, más intensa. En Guiomar, se trata, más bien, de un refugio, de un desahogo para su aburrimiento mortificado de muchacha de buen

---

8 *Vida*, O. C., ed. cit., p. 30. Cfr. Marcel BATAILLON, *Santa Teresa, lectora de libros de caballerías*, recogido en *Varia Lección de clásicos españoles*, Madrid, Gredos, 1964, p. 21-23.

9 *Vida*, O. C., *id.*, *id.*

10 *La gloria de Don Ramiro*, ed. cit., p. 20-21.

linaje. Al margen de estos reparos, la coincidencia *textual* entre la novela y el relato de Teresa persiste. Creo que los modelos o bases para componer el carácter y los actos que llevan a Guiomar a sus desdichas y su largo arrepentimiento incluyen entre sus materiales los párrafos de Santa Teresa. Otro modelo estimulante, menos literal, es, por descontado, la bibliomanía de Alonso Quijano.

Apuntala mis afirmaciones un pasaje de *La naranja* (1947). Larreta declara y precisa su aprendizaje. "Yo siempre he reconocido que para formar mi expresión literaria me atiborré de místicos, de místicos españoles, se entiende."<sup>11</sup> Recomiendo recorrer completas estas pocas páginas. Santa Teresa es exaltada en ellas como el emblema más logrado de la combinación entre luz y sombra, alucinación y cordura cotidiana que hace admirables e inconfundibles a los escritores místicos de la España del XVI.

Dejo que los párrafos que cuentan la experiencia caballeresca de Guiomar hablen por sí mismos.

"La impresión de aquellas aventuras estrafalarias fue para ella como un filtro hechiceril. Ya no pensaba sino en bizarro y generoso caballero que viniese a libertarla y la llevase lejos, muy lejos, en la grupa del palafrén. Comenzó a vivir en la amorosa cavilación, en los coloquios y raptos de las historias, soñando despierta, olvidando la vida cotidiana, dando respuestas absurdas y palpando las cosas como una sonámbula, sin saber lo que buscaba. Aficionóse a los olores, a los jubones recamados de canutillos y aljófara. Aliñóse como nunca las manos y la guedeja. Los confesores la previnieron; pero ya no era tiempo."<sup>12</sup>

A principios de los años cuarenta, ásperos para los españoles y sangrientos para el planeta, Azorín compuso un librito —así lo califica— delicioso. El conocimiento profundo de los escritores se trasmite con la levedad de un juego. Me refiero a *Los clásicos redivivos*<sup>13</sup>. El procedimiento seguido es de enunciación rápida. Azorín, ya que los clásicos perviven en nosotros, los trae al presente. Los retrata como si nuestro tiempo fuera el suyo. Observamos que ese presente en que Azorín ambienta sus clásicos ha dejado de ser el que ahora vivimos. Muchos de los que me escuchan no habían nacido. Cabe así, al leer a Azorín, encarar la operación de revivir-

11 Buenos Aires, Espasa—Calpe, 1947. Col. Austral, 700. p. 124.

12 *La gloria de Don Ramiro*, ed. cit., p. 21

13 Buenos Aires, Espasa—Calpe, 1945. Col. Austral, 551. El prólogo está fechado en Madrid, julio de 1943.

lo. Colocar lo entre los clásicos y traerlo a 1982. Supongamos, por ejemplo, que comparte esta sala. Sería incómodo para su timidez invitarlo a que ocupara el lugar del conferenciante. Conformémosnos con que su voz reaparezca con una frescura casi intacta a través de cuarenta años.

Azorín revive a Teresa de Jesús —“en el siglo, doña Teresa Sánchez Ahumada”— paseándose por un ancho claustro a las dos de la tarde. Las religiosas, como lo marca la regla conventual, están ocupadas en el huerto. Teresa de Jesús es ya una mujer madura. Los achaques se hacen sentir, sin duda. Y con dureza. Pero ella se sobrepone a los dolores del cuerpo. Prefiere mostrarse siempre atenta a los demás, ocupada en confortarlos, en escribir cartas que consuelen y orientan. Vela por la pulcritud del convento y de las almas que cuida. Con un Ford pequeño y destartado que se aloja en un rincón de la huerta, “ella, enferma, muriéndose, ha recorrido dando tumbos, con fríos, con calores bochornosos, toda Castilla, toda Andalucía.”<sup>14</sup>

No nos extenderemos en la breve anécdota de que se vale Azorín para retratar a una Teresa sin miedo a las invenciones modernas cuando descubre en una celda un aparato de radio. Confieso que lo siento. Es una de sus intuiciones más felices. Para la Teresa del XVI, vivir hacia la eternidad no consistió en volver las espaldas a su tiempo. Todo lo contrario. Su prosa lo testimonia con claridad irrefutable. Nunca quiso huir del mundo. Los hombres y las cosas fueron para ella oportunidades de enriquecerse, de asimilarlas con vigor prudente, lúcido y sencillo. Buscaba la sustancia en las fugacidades y reconocía en lo pasajero la bondad de un orden que se revela en lo menudo lo mismo que en lo importante. En la montaña como en la rosa o la mosca. O en un parpadeo de sus ojos siempre atentos.

El color de la estampa no excluye la observación crítica. “La *Vida* de Teresa, escrita por ella misma —puntualiza Azorín— es el libro más hondo, más denso, más penetrante que existe en ninguna literatura europea; a su lado, los más agudos analistas del yo —un Stendhal, un Benjamín Constant— son niños inexpertos.”<sup>15</sup>

Azorín toca el rasgo capital de la *Vida* de Santa Teresa que abarca, entiendo, la totalidad de sus escritos. No obstante, sin regatearle méritos, el juicio de Azorín constituye sólo la constatación de un resultado. No llega al origen o núcleo de donde proviene esta maestría psicológica.

Santa Teresa lleva a su mayor altura un nuevo modo autobiográfico. Sabiéndolo o no, Rousseau, Constant, Stendhal, Sarmiento

---

14 Ed. cit., p. 40.

15 Ed. cit., *id.*

son, en este campo, sus seguidores. Manteniendo la cuestión dentro de estos límites, Azorín acierta. Pero, insisto, —y aquí viene lo difícil—, el punto de partida de Santa Teresa no se reduce a lo que Azorín destaca. Si nos conformáramos con aplaudir los buceos analíticos del alma humana incurriríamos en una distorsión grave. El libro de Santa Teresa, una maravilla de agudeza introspectiva, exige otra óptica. Su raíz rectora no consiste en psicología.<sup>16</sup>

La época moderna no es ya la nuestra. Tampoco fue la de Santa Teresa. Nosotros estamos en los últimos tramos de la crisis de la modernidad. Pisamos tiempos nuevos y todavía, en parte, incógnitos. Ella en cambio, vivió otra crisis. La que desemboca en el mundo moderno. Este empezó a afirmarse, en algunas personalidades excepcionales, durante los cincuenta años que siguieron a su muerte y perfiló su vigencia a fines del XVII europeo. La época moderna, como es sabido, recorre sus últimos tramos *positivos* con la generación a que pertenece Azorín. La de los nacidos hacia 1870. Es dentro de esta generación europea donde se inicia el tránsito hacia nuestro tiempo. Azorín y sus coetáneos son, inequívoca medida, *todavía* modernos.

La época moderna tuvo entre sus creencias más operantes una que se hace patente, para nosotros, en Montaigne (1533—1598), de la generación siguiente a la de Santa Teresa. Montaigne fue coetáneo de Fray Luis de León y de Felipe II. Según esta creencia, el núcleo rector de la vida humana, lo específicamente humano del hombre, hay que señalarlo en nuestra constitución psicológica. A medida que la modernidad avanza, esta concepción de nuestro yo es concebida con creciente acuidad y exclusivismo como un conjunto de procesos que determinan nuestro comportamiento. Lo mismo nuestras preferencias políticas que nuestras aficiones culinarias. Yo, de acuerdo con esta actitud —que sigue siendo válida para aquellos de nuestros contemporáneos que, por inercia, siguen aferrados al pasado— soy ante todo y al fin de cuentas, mis tendencias y operaciones psicológicas. Soy los hábitos, las reacciones y los conflictos que de ellas dimanar.

Cuando Constant, Stendhal y, más cercanos en la cronología, Proust y Virginia Wolff quieren comunicarnos sus vidas —o las de sus personajes— nos narran los vaivenes de la interioridad en permanente cambio. En el caso de Santa Teresa y desde la entrevisión azoriniana se nos impone una pregunta que, probablemente, hubiera parecido incongruente a nuestros abuelos. ¿No hay, más hondo que ese yo en proceso psíquico otra realidad más decisiva e irreductible

16 Lo que sigue está tratado en dos artículos míos posteriores al curso: "El filósofo y la santa" (en *La Gaceta*, Tucumán, 26/IX/82) y "Santa Teresa: una vida desde sí misma" (en *Los Andes*, Mendoza, 10/X/82).

que constituiría el origen y la pauta del vivir humano? ¿No habrá en la raíz activa de nuestra intimidad un impulso que, si bien se manifiesta (en parte) psicológicamente, escapa a lo que con rigor científico estudia la psicología?

En mi opinión, la respuesta es afirmativa. Cada cual vive, en términos fundamentales, desde *sí mismo*.<sup>17</sup> Surge aquí la diferencia, inocultable hoy por hoy, entre la indagación y expresión de su vida tal como la concibe Santa Teresa y las peripecias psicológicas que con derroche de finura nos han narrado los autores modernos.

La *Vida* de Santa Teresa —como su precedente ilustre, las *Confesiones* de San Agustín que tanto influyeron iluminadoramente en ella— no admite que se la encuadre y se la explique según categorías psicológicas. Aquí se percibe la razón de que la *Vida* de Santa Teresa haya desconcertado y todavía desconcierte —lo reconozcan o no— a tantos lectores. Quienes esperaban buceos y confidencias a lo Rousseau, se encuentran con un “camino de perfección” que arranca, transcurre y acaba de acuerdo con otra clase de rumbo. Santa Teresa escribe desde el centro metafísico de su vida. En su libro está el esfuerzo genial de ponerse entera a sí misma desde sí misma y hacia sí misma. Antes que quedarse en panoramas introspectivos, orgullosamente individuales, Santa Teresa, lo mismo que San Agustín y que el mejor Unamuno, procura captar, mediante su propia vida, lo esencial del hombre. Su primerísima inserción en la realidad primaria. La radicalidad de su propia y problemática esencia.

Vivir, para Santa Teresa, significó un empeño sostenido, valiente y *doloroso* de trascender hacia adentro las particularidades pasajeras hasta quedarse a solas consigo misma. La autobiografía teresiana relata una proeza de enriquecimiento por vía de soledad. Para ella, quedarse a solas comporta, ni más ni menos, que cumplir un ascenso interior hacia la contemplación de Dios. Desde la soledad purificada, conquistada, cada cual, cree Teresa, coincide consigo mismo. ¿Una anulación de todo lo demás, de las cosas, de los hombres, de la propia personalidad? Todo lo contrario. Ya lo hemos anticipado.

Precisamente porque vivir con seriedad absoluta implica trascender lo pasajero, Santa Teresa, al empinarse en busca del diálogo silencioso con Dios, lleva consigo el descubrimiento de la realidad

---

17 En mi interpretación de Santa Teresa mucho le debo a la filosofía de Ortega y Gasset. Para Ortega, toda vida humana consiste esencialmente en un proyecto en intercambio dinámico con las facilidades y dificultades de su circunstancia.

plenaria de cuanto existe. El aprendizaje ascético y la experiencia mística tienen como efecto no un alejamiento, sino la máxima proximidad comunicativa con quien sabe leerla. La *Vida* en la familiaridad asombrosa de su estilo no sólo establece una compañía como pocas veces ha obtenido la palabra escrita. Teresa, al iluminarse a sí misma, nos ayuda a ponernos en la verdad a nosotros mismos. A decidimos al esfuerzo constante de querer ser lo que auténticamente somos.

La obra de Santa Teresa tuvo una difusión amplísima en el XVII. Sus resonancias múltiples y evidentes, laterales o tangenciales surcan la época en que el pensamiento moderno, en creciente posesión de sí mismo, acomete y prosigue el balance de su tradición entera. De manera notablemente enérgica de los tiempos inmediatamente precedentes que, en ocasiones, lo preludian. En particular, de las escolásticas, y, en conjunto, del período que medio por convención, pero no tan arbitrariamente como suele repetirse, llamamos Humanismo y Renacimiento.

En la etapa moderna que Paul Hazard ha considerado una crisis de la conciencia europea <sup>18</sup>, Godofredo Guillermo Leibniz (1646—1716) entiende la filosofía con una intención crítica y decididamente integradora. Mientras en otros pensadores, empezando por Descartes, prevalece en el balance del pasado un destaque de las discrepancias con la propia postura, Leibniz penetra el pasado con una rigurosa voluntad de concordancias profundas. Podría escribirse una instructiva historia de la filosofía tomando por guía estos dos tipos de cabezas meditadoras. Los conciliadores y los impugnadores. Aquellos para quienes el pensar tiene por meta una concordia que ha de rastrear más allá de las divergencias aparentes y aquellos en quienes predomina una vocación de ruptura con lo heredado. Pico della Mirandola representa admirablemente el primer tipo. Galileo, batallador y hasta pendenciero, el segundo.

He entresacado de la obra de Leibniz tres referencias que documentan con apretada concisión el estímulo y las perspectivas que proporcionó la lectura meditada de Santa Teresa en quien, para decirlo con Diderot, era “una máquina de reflexión, como la máquina de hacer punto es una máquina de urdimbre.”

El primer texto pertenece a una carta fechada en Hannover el 10 de diciembre de 1696. El destinatario fue un hombre laborioso, de prodigiosa memoria, hoy olvidado fuera de los minuciosos círculos de los especialistas: el numismático suizo André Morell (1946—

---

<sup>18</sup> Paul HAZARD, *La Crisis de la Conciencia Europea (1680—1715)*. Trad. esp. de Julián Marías. Madrid, Pegaso, 1941.

1713)<sup>19</sup>. La carta ha de ser referida a una cuestión palpitante. Su contexto son las ásperas controversias que sacudían tanto a católicos como a protestantes, en torno a los visionarios y los quietistas. Leibniz, después de distinguir los verdaderos teólogos y los que han tomado derroteros insuficientes o equivocados, valora a Santa Teresa aproximándola a otra mística y estupeñada escritora, Santa Catalina de Siena. Traduzco el fragmento.

“Y en cuanto a Santa Teresa, tenéis razón al estimar sus obras. Un día encontré en ellas el bello pensamiento —*cette belle pensée*— de que el alma debe concebir las cosas como si en el mundo no existieran más que Dios y ella. Lo cual proporciona una reflexión considerable aun en filosofía y he empleado dicho pensamiento útilmente en una de mis hipótesis.”

Leibniz tenía buena vista. Como hemos anticipado, Leibniz advierte que el magno proyecto del misticismo en Teresa consiste en abarcar la multiplicidad desde la visión unificadora del alma en posesión de sí misma. Leibniz, que indaga la comprensión de lo particular desde una universalidad pensante que excluya por principio cualquier dispersión particularizadora, encuentra así en Teresa confirmación y aliento para sus problemas.

La aplicación filosófica que la carta destaca nos remite, entre otras obras, a los capítulos 28 y 32 del *Discurso de Metafísica*, redactado durante el invierno de 1685 a 1686.<sup>20</sup> El *Discurso* indaga la faz decisiva del conocimiento. Si llegamos a aprehenderlo en su dimensión primaria, piensa Leibniz, caeremos en la órbita de lo que realmente es y de lo que realmente somos. El primer capítulo mencionado, desde su título, traza de programa de la investigación a la vez que establece la hipótesis. Se titula, en efecto, “Sólo Dios es el objeto inmediato de nuestras percepciones que existe fuera de nosotros y él solo es nuestra luz.” Conocer no es percibir la exterioridad. Cuanto conocemos lo encontramos dentro de nosotros mismos: ya está prefigurado en nuestra alma. Conocer lo demás implica que el alma se conozca a sí misma. Que se interne en el tesoro que Dios ha puesto en ella y que compone la réplica descifradora de lo que existe.

19 Es sabido que la correspondencia de Leibniz presenta para su precisión filológica muchas dificultades. Entre ellas la filiación de los corresponsales. La carta lleva el n.º 103 en G. W. LEIBNIZ. *Textes inédits*. Paris, ed. G. Grua, 1948.

20 He tomado los textos que siguen de G. W. Leibniz—*Escritos filosóficos*. Edición de Ezequiel de Olaso. Buenos Aires, Ed. Charcas, 1982.

Conocer auténticamente supone una marcha interiorizadora del alma. Todo el orden inteligible reposa en una correspondencia armónica preestablecida entre los arquetipos que albergamos y las cosas que componen el repertorio de acuerdo con el cual la creación se ha verificado. Pero aquí no cesa el proceso. La iluminación o patencia de los arquetipos interiores depende de mí, de mi búsqueda de mí mismo. Pero no exclusiva ni decisivamente. La máxima función iluminadora del conocimiento necesita de la ayuda sostenida y presente de Dios, el iluminador original y por antonomasia.

En un análisis llevado con pulcritud matemática, reaparece el empeño conciliador que caracteriza a Leibniz. Declara que lo que afirma no le pertenece con derechos de descubridor absoluto. Es, muy por el contrario, el patrimonio de una tradición milenaria. Este precedente constituye, a su entender, una garantía de acierto. Dicha corriente arranca de Platón. Pasa por varios escolásticos, sufre un malentendido con los averroístas y, por fin, "numerosos teólogos místicos lo han interpretado de una manera digna de Dios y susceptible de elevar el alma al conocimiento de su bien."<sup>2 1</sup>

Que Santa Teresa se cuenta entre estos "teólogos místicos", esto es, capaces de arrostrar sin menoscabo de la lucidez discursiva una experiencia que no se limita al ejercicio del intelecto, se explica, aunque sin nombrarla, en el capítulo 32. Leibniz, además, no sin motivos contemporáneos muy atendibles, quiere apartar todo recelo de heterodoxia en especulaciones de tan alto bordo. Santa Teresa era un testimonio de que la investigación filosófica no tomaba por vías erradas o sospechosas.

"Por lo demás parece que los pensamientos que acabamos de explicar y particularmente el gran principio de las operaciones de Dios y de la noción de la sustancia que encierra todos sus propios acontecimientos con todas sus circunstancias, muy lejos de perjudicar, sirven para confirmar la religión, para disipar dificultades muy grandes, para inflamar las almas con amor divino y para elevar los espíritus al conocimiento de las sustancias incorpóreas mucho mejor que las hipótesis que se han visto hasta ahora. (. . .) . . . sólo Dios establece la relación o la comunicación de las sustancias y sólo por medio de él los fenómenos de una se encuentran y concuerdan con las de otras, y en consecuencia poseen realidad nuestras percepciones. (. . .) Se ve también que toda sustancia tiene una perfecta espontaneidad

21 LEIBNIZ, ob. cit., ed. cit. Trad. Tomás E. Zwank. p. 315.

(que llega a ser libertad en las sustancias inteligentes), que todo lo que le acontece es una secuencia de su idea o de su ser y que nada la determina salvo únicamente Dios. Y por esto una persona cuyo espíritu muy elevado y cuya santidad es muy reverenciada, solía decir que el alma debe pensar a menudo como si sólo existieran en el mundo Dios y ella." 22

Años más tarde, en 1795, Leibniz ofrece un nuevo desarrollo, a mi entender más rotundo de estos conceptos, en *Nuevo sistema de la naturaleza y de la comunicación de las sustancias así como de la unión que hay entre el alma y el cuerpo*. El recurso a Santa Teresa reaparece en términos casi iguales. Leibniz no ha cambiado su estimación de ella y tal vez, con la madurez, ha ganado a sus ojos en solidez prestigiosa.

"Por lo tanto es preciso que esas percepciones internas al alma misma le ocurran debido a su propia constitución original, es decir a su naturaleza representativa (capaz de expresar a los seres que son externos con respecto a sus órganos) que le ha sido concedida desde que fue creada y que constituye su carácter individual.

Debido a esto habrá un acuerdo perfecto entre todas esas sustancias, pues cada una de esas sustancias representa exactamente a su manera a todo el universo según cierto punto de vista, y las percepciones o expresiones de las cosas externas llegan al alma en el momento fijado en virtud de sus propias leyes, como en un mundo aparte y como si sólo existieran Dios y ella (para emplear el modo de hablar de una persona de gran elevación espiritual y célebre santidad)." 23

No hacía falta nombrarla para que el lector de la época —al menos el lector culto— reconociera a Santa Teresa. Es un homenaje implícito de Leibniz que no conviene pasar distraídamente por alto. La carmelita de Avila, a cien años de su muerte, seguía siendo actual, caudalosa, viviente en sus escritos. Una autoridad firme por el vigor de su pensamiento y por el ejemplo de su vida. En ella, viene a afirmar Leibniz, está la tradición en su fuerza incitante y sus proyecciones genuinas. Yo creo que este diálogo en el tiempo entre el filósofo y la santa marca uno de los momentos culminantes del pensamiento moderno.

22 *Id.*, *Id.*, p. 320—321.

23 *Nuevo sistema*. . . , ed. cit. Trad. E. de Olaso, p. 468.